

SOBRE LA ESTABILIDAD*

(Carta a las Comunidades — Epifanía 1984)

Queridas hermanas, queridos hermanos:

Esta carta se propone reflexionar sobre la estabilidad monástica. El tema ha sido sugerido por una de entre Uds. que, como superiora del monasterio, debe ayudar a sus hermanas en su largo esfuerzo espiritual y que no puede, como tampoco las otras superioras, escapar a la amenaza de una vida dispersa.

Este tema se inserta en la serie de meditaciones precedentes sobre la conversión del monje, siendo la estabilidad uno de los medios propuestos a quien quiere realmente convertirse. Para todos aquellos de entre nosotros que ya han hecho profesión de vida monástica, el tema no es por tanto nuevo, a menudo lo hemos reflexionado antes y después, de esta profesión. Pero no siendo todavía lo que deberíamos ser, volver sobre la significación de la estabilidad puede ayudarnos.

I. EL RECUERDO DE LA DOCTRINA DE SAN BENITO

Leyendo y releendo la Regla, me siento llevado a resumirla en estas pocas palabras: ella está escrita para quien busca seriamente la cohabitación con Dios, para quien busca *realmente una verdadera vida común con el verdadero Dios*.

Repitiendo el calificativo VERDADERO, pienso traducir la preocupación principal de san Benito, tan sensible por un lado, a las ilusiones de la vida monástica, a sus falsificaciones, a sus callejones sin salida; tan solícito, por el otro, de la fidelidad a la fe católica, lo que significaba entonces la fe en la Santa Trinidad.

Estabilidad y verdad me parecen tener para san Benito la misma significación humana y espiritual. Por la inestabilidad el hombre pierde su verdad humana, se destruye, no es más libre, sino que se esclaviza a lo que hay de menos humano en él. Es una desviación de lo que constituye la única razón de ser de un monasterio: la salvación en Jesucristo. Correlativamente, ya que todo está unido, renunciar a la fe trinitaria rehusando proclamar a Cristo, Dios y Señor, tentación fuerte en la época de san Benito, es igualmente arruinar toda esperanza de salvación en Cristo que no siendo más mediador Dios y hombre, es solamente un intermediario, sin verdadera capacidad de salvador. Es, por lo tanto, arruinar la vida de un monasterio completamente centrado sobre el misterio pascual.

* De *Ecoute*, N° 291, 15 de febrero 1984.

Así, hablando con san Benito de estabilidad, lo hacemos en relación a una cierta concepción del hombre y con una fe trinitaria, inseparables ambas de la salvación del mundo. No estando éstas en tela de juicio para ninguno de nosotros, tomemos el tiempo para describir la estabilidad monástica a partir de tres componentes, puestos de relieve por la Regla: la estabilidad supone un lugar, un vínculo, un deseo.

Un lugar

Toda la organización del monasterio de san Benito descansa sobre este principio: el monje es monje de tal monasterio preciso y si, en los siglos venideros, existirán agrupaciones de monasterios, estas agrupaciones (congregaciones, federaciones, uniones, etc.) tienen por finalidad, no el borrar esta pertenencia única del monje, sino reforzarla, dando a tal comunidad, que atraviesa por un momento difícil, la ayuda que le permita conservar una real autonomía, es decir, la capacidad de formar a sus miembros y de permitirles la permanencia, la estabilidad. La importancia del lugar para el monje. El ama su lugar, tiene que regocijarse en él, hacer de él un lugar de vida, de inteligencia y de afecto cordial, un lugar humano, ¿si no cómo un hombre viviría en él?

Pero aunque lugar de estabilidad, este monasterio no es más que un lugar de paso, paradoja cristiana fuertemente subrayada por la estabilidad monástica y que significa el paso continuo entre lo visible y lo invisible, en una permanente encarnación, una constante espiritualización. ¿La elección de este lugar, por el fundador del monasterio o cada uno de los que se le unen en el tiempo se hace según este criterio: este lugar permite el paso, el "ir" hacia? La estabilidad será una manera habitual de mirar su lugar, ella conlleva una aptitud constante de vivir aquí y más allá, supone un comportamiento de pobreza tanto más necesario que todo lugar, porque si no es permanentemente confrontado con el más allá, tiende a volverse un lugar devorador, cautivador, cárcel, de oro eventualmente, pero cárcel.

Si es un lugar de paso, no podemos hacer de nuestro lugar un absoluto. Si vivimos y morimos, no es por él, sino por Dios y los hombres. ¿Decir esto sería fomentar la inestabilidad de aquel hermano o hermana que proyecta fácilmente, aun después de la profesión, cambiar de lugar, hablando de comprometerse sólo con Dios? De ninguna manera. Absolutamente no, independientemente de otras reflexiones a tener en cuenta sobre este tema, notemos solamente que cambiar de lugar es a menudo dar muy poca importancia a lo humano del suelo, a la tierra, a mil coherencias, mejor conocidas hoy día, que unen lo visible y lo invisible, la tierra y eso que ponemos bajo la palabra cielo. Tener su lugar es normal, cambiar de lugar puede traicionar la verdadera fidelidad y decir otra cosa que el deseo de Dios.

Un vínculo

Para Benito la estabilidad es una elección libre y esta libertad se expresa en un vínculo. El monje no es el solo ser humano que tiene la experiencia de la libertad fuerte que permite un vínculo estrecho, y cuando se sabe hasta qué punto el cristianismo es una cuestión de libertad profunda, realmente subyacente a todo comportamiento, uno no puede sino admirarse del lugar asignado por Benito a la estabili-

dad: ella libera.

¿Qué es lo esencial de este vínculo? Es entrar en la Alianza de Cristo y por eso la profesión se hace en el ofertorio de la misa. Además, pero como consecuencia de esta alianza, la profesión no es el acto del solo nuevo hermano, es el mutuo compromiso público tomado por él y por aquellos que lo acogen: todos, por la profesión de uno solo, entran más resueltamente en la Alianza de Dios. Esto significa también que una renuncia a los compromisos comunes no debería ser asunto de uno solo.

¿Cómo callar el escándalo, frecuente entre los cristianos o entre los no cristianos testigos de la ruptura de los compromisos solemnes de un monje? Pero yo diría que la razón de su escándalo no es perfectamente justa: este monje practicara, yéndose, el divorcio que la Iglesia niega a los esposos. De hecho, la analogía del matrimonio no es más que una analogía y la inestabilidad reprochada al monje tiene una gravedad inmediatamente más evidente que en el caso del divorcio: atrae la atención sobre la credibilidad, a los ojos del mundo, de la misa, memorial de la alianza concluida en el Cuerpo y la Sangre de Cristo y escogida por los monjes como momento de la profesión, como lugar de la promesa.

Alegrémonos de la fidelidad de nuestros hermanos y de nuestras hermanas. No acusemos a nadie, como si el que se va hubiese sido el solo contrayente ¿Es posible que él sea menos responsable que nosotros, sus hermanos, de su partida? Hagamos más bien un nuevo esfuerzo para que la convivencia en el amor, supuesta por la profesión, no sea más transgredida en nuestra comunidad. La profesión es un vínculo estabilizador, es alianza, es liberación.

Un deseo

La estabilidad no será jamás, pues, una detención. Ella expresa y supone el deseo, el otro nombre de la vida de los hombres. Uno de vosotros ha pedido que la próxima carta sea consagrada al papel del deseo en la conversión del monje. Ahora digamos que sólo un verdadero deseo de vivir en plenitud puede justificar una estabilidad tan total como lo es la estabilidad prometida por un monje.

Diciendo del lugar del monje que él no se lo escogió independientemente del pensamiento de Dios; subrayando que el vínculo del monje es esencialmente "comunal" (comunidad que envía a la vez a la eucaristía y a sus efectos, a la unidad de los creyentes), quería precisamente sugerir los matices de vitalidad, de aceleración, de verdadera alegría y de solidaridad que promete Benito al monje estabilizado. Y si ya sobre un plano de humanidad, la palabra DESEO expresa la vitalidad, con más razón lo hace cuando el deseo, que nombra, —para ser comprendido por todos, la concupiscencia— es cualificado además por el deseo espiritual, un deseo en el Espíritu de Dios. Y maldito el monje que, en vez de convertir en él el deseo, lo haya agotado, lo haya reducido a nada. No sería más un hombre. Por el Espíritu de Dios que no deja de ser el Dios que crea, la tensión vital del hombre se ha transformado en propiamente espiritual sin dejar de ser humana.

Lugar, vínculo, deseo: todo esto era necesario para decir la estabilidad monástica. Tenemos además la ventaja de encontrar una comparación privilegiada por san Benito para definir la estabilidad, como misterio propiamente cristiano: el de la CASA.

Estable como la casa sólidamente construida

De todas las comparaciones utilizadas por la Biblia para decir la obra de Dios entre los hombres, san Benito retiene casi únicamente la de construcción sólida. La siembra, la cosecha, la vendimia, el banquete de fiesta o la comida cotidiana; los esponsales; los esfuerzos del atleta o la armadura del guerrero; la armonía corporal y las funciones de los diferentes miembros, todo para los cristianos ha llegado a ser materia de meditación para comprender el misterio de la salvación. Pero san Benito da la preferencia a la cohabitación del hombre con Dios, a la casa, palabra que, en muchos idiomas, sirve para designar tanto a los habitantes de la casa como a la casa misma.

¿Quién de nosotros no ha estudiado el tema bíblico de la casa y observado que las partes esenciales de la casa, tal como la describen los profetas, los salmos, el Nuevo Testamento, son finalmente nombres propios de Cristo? Una casa vale ante todo lo que valen sus cimientos: Cristo es la piedra fundamental. La casa bíblica está siempre expuesta al peligro de las aguas o bien rodeada y enriquecida por ellas: Cristo es el agua viva, la fuente del agua que no amenaza la vida sino que la desafía. Estable sobre o contra las aguas, la casa no se concibe sin puerta, Cristo es la puerta de Justicia, la Puerta.

Ninguna otra comparación podría ayudar mejor a san Benito cuando hace de la estabilidad la condición óptima para el monje que busca vivir con Dios. Está claro que el fundamento de esta estabilidad es la palabra de Dios, otro nombre de Cristo. Una palabra no solamente leída o estudiada, sino actualmente entendida como una palabra de vida capaz de provocar una puesta en acción inmediata.

La Regla, con mucha naturalidad, ya que se inspira en los salmos, menciona el peligro de las aguas, símbolo de luchas venideras; y la vida monástica es el arte espiritual de vencer estas aguas, brutales o insidiosas, torrente repentino o lenta subida de su río. Arte no de nadar, sino de mantenerse en pie, estable como la casa, como ya estaba estable la creación tal como Dios la describe a Job, cuando su palabra bastaba para mantener las aguas en sujeción y a distancia (*Jb* 38).

San Benito habla de puertas del monasterio y aquí también está el arte espiritual de la acogida, esa manera cristiana de abrir y cerrar la puerta, esperando (ya que no estamos allí) el día en el cual, nos dice el Apocalipsis, las Puertas, (las Doce Puertas, de una explosiva belleza) serán abiertas para siempre. Dejemos igualmente para una ocasión ulterior la meditación sobre el vínculo que hay entre conversión del monje y acogida de los huéspedes. Mencionemos solamente en esta circunstancia el elemento importante que representa, en la estabilidad del monje, el encuentro con el que llama a la puerta (o por teléfono o por carta, radio, etc.); esta puerta revela al monje en qué estabilidad ha hecho profesión.

Nosotros queremos nuestro monasterio tal como es. El mundo monástico en la gran mayoría de sus miembros, proclama con convicción el amor por el lugar de vida, claramente, queremos que nuestra vida sea un ir de Cristo a Cristo, de Alfa a Omega. Por lo tanto nuestra estabilidad personal tiene una historia, es un esfuerzo constante, a veces un drama. Miremos estas etapas.

II. LAS ETAPAS DE NUESTRA ESTABILIZACIÓN

Yo propongo tres. Es artificial, sin duda, pues el ir y venir no cesa en la vida del hombre, y el consejo bíblico "hay un tiempo para todo" se aplica mal. En nosotros cuánto ruido, frecuentes cabalgatas y, se diría, interferencias de emisoras demasiado vecinas. Sin embargo, ¿estas tres etapas propuestas no son como constantes, cualquiera sea el continente donde vivimos?

Una *primera etapa* me parece clara, la del compromiso. No hablo pues de los postulantes o novicios que vienen a ver y no insisten. Hablo de aquellos que, después de dudas y reflexiones deseables, han tomado la decisión de llevar de manera estable esta vida. Salvo accidente, el monje conoce entonces un período de gran estabilidad interior. Nótese bien que no entro en la cuestión de saber si los jóvenes de 1984 tienen más dificultad para tomar su decisión que los de 1950, de los del año 1000 o del año 500. Pensaría más bien que no son más inestables sino más tentados, más solicitados que lo que fuimos nosotros y que, teniendo más ofertas posibles, deciden menos rápido. De todos modos, ya sea ayer o mañana, el compromiso fuerte, cualquiera que sea, conlleva a menudo un momento de temor ante el "sí". Pero pronunciado ese sí, el monje conoce una plenitud tan fuerte que, llegadas las turbulencias, tendrá en la memoria como una reserva, el momento privilegiado en el que su libertad fue capaz de afirmarse, de arriesgar.

Una *segunda etapa* me parece muy clara, y muy normal. Es beneficiosa, aunque sea dura y a veces peligrosa, pueden ser las grandes aguas que asaltan la casa. Enumero algunas de las preguntas que se plantean, no según un orden previsible o simultáneo, sino "según la vida", provocadas por las realidades físicas, sociales, políticas, eclesiales o simplemente fraternas, siempre reveladoras, a través de nuestras reacciones, de lo que somos: ¿Qué significa el aburrimiento de los días, el disgusto? ¿Qué quiere decir, en profundidad, la sobreactividad que tienta al ser humano, al monje? ¿Por qué una sed tan grande de producir o de hacer? ¿De dónde les viene a algunos una súbita claustrofobia, o la ansiedad, o la necesidad de ídolos, la sumisión servil o simplemente la charlatanería? Se conoce la importancia, en la vida monástica, de los fracasos humanos, o de la competencia, forma perversa de la emulación fraterna. Todo este conjunto amenaza gravemente la estabilidad primera.

Un sobrenaturalismo simplista no borraría estas cuestiones y podría darles una respuesta peligrosa. Hay que acogerlas como verdaderas preguntas de Dios al hombre dotado de medios para reflexionar sobre sus males y de mejorar en parte sus comportamientos. Etapa de auto-descubrimiento de nuestras capacidades y limitaciones, de nuestra afectividad, jamás simple, del envejecimiento a veces precoz de tal facultad, sin contar la inserción que cada uno debe hacer de sí mismo en el medio o en la época que son los suyos. Sin limitarse al aspecto un poco enfermizo que reviste para todo hombre el descubrimiento de sus limitaciones, hay que, por el contrario, afrontar con coraje la realidad humana: ser combativo; es necesario que el monje busque a Dios en cuanto hombre. Esta etapa donde la estabilidad va a jugarse siendo de nuevo y claramente escogida, es habitualmente aquella donde el hombre acomoda y afina su mirada en modo de situarse mejor en dos dominios relacionados el uno con el otro, jamás perfectamente "a punto": la imagen de sí y la visión que se tiene del mundo. No se quisiera cambiar nada pero esta pereza y esta dificultad explican algunos bloqueos que impiden vivir en pleni-

tud, o al menos, respirar con tranquilidad y avanzar hacia la verdad humana y cristiana.

Subrayémoslo: en nuestros monasterios la travesía de cada uno, de esta etapa, vista como una época plena de turbulencias, se vive, sea de manera bastante abierta: los hermanos de la comunidad tienen conciencia; sea muy ocultamente, y es uno de los aspectos más sorprendentes de la vida cenobítica, que una monja pueda vivir su lucha en la ignorancia de todas o casi todas ¿ventaja? ¿inconveniente? Hay ciertamente que reflexionarlo. Algunas salidas habrían podido ser evitadas con una mayor ayuda fraterna.

Pero turbulencia e inquietud, nos dice san Benito, no tienen más que un tiempo: después de la puerta estrecha, la marcha sobre una vía espaciosa.

Esta *tercera etapa* no tiene edad. Benito nos dice que eso puede venir rápido y nosotros amaríamos poder descifrar esta "venida rápida". De hecho, quisiera estar en lo cierto diciendo que nuestra estabilidad se vive frecuentemente en dos niveles: aquel del corazón profundo que la ha realmente deseado y decidido; aquel de la actividad mucho menos consciente de nuestras pasiones y reacciones inmediatas. Cada vez que entramos en nosotros mismos para oír resonar la Palabra de Dios, cada vez que estamos en escucha verdadera de esta Presencia hablante, se produce, rápida, una estabilización del ser. Es como si hubiéramos vuelto a hacer pie y reencontrado nuestro corazón profundo.

Todos tenemos en la memoria los nombres de tantos hermanos y hermanas hijos en Dios, vivientes y capaces de saltar o rodear los obstáculos que jalonan sus recorridos, misericordiosos para con aquellos que tropiezan, sin fanatismo y adaptados a Dios como a los hombres.

La admirable diversidad humana hace desde luego que, sin esperar mucho tiempo, algunos hermanos o hermanas den prueba de una estabilidad humana preciosa. El atavismo, una herencia humana feliz, los ha mejor equipado para la vida; pero de todas maneras este equilibrio envidiable se verifica ante todo en la propensión de ese hermano a la misericordia. Lejos de ser un medio-dios insoportable será más hermano que ningún otro, equilibrante para los otros, verdadero factor de estabilidad, a diferencia de los marginados que gruñen y destruyen. Allí reside el fin de todas estas etapas evocadas: no lograr prodigios de estabilidad psicológica y voluntarista, sino de comunidades fraternas, donde uno ayuda al otro y se manifiesta la estabilidad de la caridad cristiana.

III. ¿COMO VIVE DIOS NUESTRA ESTABILIDAD?

Se ha juzgado bueno, en algunas épocas, dar a los monasterios el aspecto de una fortaleza. ¿Querían sugerir que tenían la estabilidad y el resplandor de la Jerusalén celeste? Renunciando a esas pesadeces, raramente transparentes, otros monjes han preferido construcciones más humanas pero demasiado transparentes —esta vez— de búsquedas, también complicadas al fin de cuentas. No hay solución fácil para la arquitectura monástica. Dejando aquí de lado esta cuestión, miremos más bien al arquitecto.

Los libros del Antiguo Testamento aman decir de Dios que es arquitecto del mundo y, en consecuencia, del Templo, la casa por excelencia: aquí y allá El hace residir su gloria. El Nuevo Testamento desplaza la perspectiva: Dios es sobre todo Aquel que hace, de todos los hombres y de cada uno, su morada. Y los versículos del Evangelio de san Juan que hablan de esta venida del Padre y de Cristo a aquel que, por amor, cumple la Palabra de Dios, han inspirado muy naturalmente el paralelo que hacía Hans Urs von Balthasar entre san Juan y san Benito, en una conferencia a los abades benedictinos y cistercienses. Los monjes tienen evidentemente la ventaja de no olvidar que la palabra monje (*monos*) y la palabra morada (*mone*) tienen la misma raíz, el verbo *meno*. Pero lo importante es subrayar que un monasterio no es la morada de Dios (y en consecuencia el signo de su presencia) sino *en el acto mismo* de la venida de Dios. Es porque El viene, que esta casa es su morada. Y el mismo teólogo, o el Padre Congar —cuando subraya que aquí Dios significa Cristo y el Espíritu—, o el Padre Karl Rahner cuando habla de la Revelación, u otros, no cesan de insistir sobre el hecho de que Dios, viniendo o diciendo, realiza su presencia en nosotros. La apariencia de un monasterio no aumenta su importancia y esto puede engañar a ciertas miradas, a algunas encuestas. Pero lo que cuenta es saber si los miembros de ese monasterio están en la espera del Dios que viene, a la escucha de la Palabra que se pronuncia en conformidad con una revelación siempre actual y que molesta. Allí está la estabilidad del monasterio, digamos la estabilidad de los monjes.

El monje es estable si se deja molestar, pues Dios lo molesta para ponerlo en estado de conversión. A pesar de ir demasiado rápido para evocar esos puntos esenciales, todos expuestos por san Benito, Dios convierte al monje haciéndolo pasar por una nada que será un momento de verdadera felicidad espiritual. ¿Proposición paradójica?. No, puesto que no se trata de absoluto de un aniquilamiento perverso del ser creado; ni de una nada, tentación de numerosas filosofías; ni de una nada, estoico desprecio de la adversidad. Sino de una nada manifestando en mí que sólo Dios puede salvar al hombre, al hombre que soy, a todos los hombres. Pues, El es Dios, y El solo. Porque El viene y no deja de venir, para salvar.

Hablábamos de estabilidad; hablamos de la venida de Dios: allí está por tanto nuestra verdadera estabilidad. Desde que tomamos conciencia, en los momentos de fe y de esperanza tan frecuentes como posibles, de esta venida de Dios, nuestra mirada sobre todas las cosas cambia y, de un golpe, todo, comenzando por nuestro monasterio, cambia de aspecto y de valor. Todo puede llegar a ser el lugar de reencontro y en todas las circunstancias hemos aquí estabilizados.

Demasiado larga, demasiado corta, esta carta encuentra nuestros jóvenes hermanos y hermanas que empiezan su lucha por la estabilidad. Quisiera acompañar a aquellos que, a veces secretamente, penan por mantenerse fieles a su promesa. Espero también aumentar la alegría de aquellos que han experimentado que Dios solo es estable y creador de la estabilidad cristiana. Que a todos sea dado el fruto de la suprema estabilidad cristiana que es el paso del temor al amor. El temor es la marca del hombre, y a menudo del monje. No habría que tener miedo ni de Dios, ni de sus hermanos o superiores, puesto que Dios viene a estabilizar y realizar nuestro deseo más profundo: habitar en su Amor.

Hermanos y hermanas no tengáis miedo de la vida: es una Epifanía. Epifanía de la venida de Dios iluminando el caminar de las diferentes razas humanas hacia la plena luz. El monje es este caminante; su estabilidad, en un lugar, en un vínculo,

es la de un deseo humano hecho al fin posible, y ya no absurdo, por el Deseo de Dios.

Traducción del francés por

Ghislain de la Taille, osb – Monasterio de la Asunción – Rengo, Chile

Monasterio S. Scolástica

I-00028 Subiaco – Roma – Italia

Denis HUERRE, osb

Se impone para vosotros (los pastores) una tarea grave e insoslayable, que requiere prudencia y firmeza a la vez; para exponer con valentía las exigencias de la fe, esclarecer dudas, animar, persuadir; sabiendo ser, en una palabra, la crítica conciencia moral de la sociedad, que señala responsabilidades y denuncia eventuales desviaciones.

Este exigente servicio pastoral al que he aludido: servicio continuo y vigilante, inteligente y creador, prudente e intrépido, ha de derivar en vosotros de un gran amor y fidelidad a Jesucristo, “camino, verdad y vida”, y a la Iglesia por El fundada.

Viaje apostólico de Juan Pablo II a Latinoamérica

Febrero 1985